

España entre amnesia y memoria colectiva. Guerra Civil, Transición, Reconciliación

Walther L. Bernecker

1. Memoria y olvido

Uno de los últimos números de la revista *Pasajes de pensamiento contemporáneo*, dedicado a memoria y olvido del franquismo, comienza con la siguiente reflexión: "La dialéctica entre recuerdo y olvido como marco y trasfondo de la vida colectiva no es precisamente sencilla. Ciertamente, el olvido selectivo del pasado resulta imprescindible para trascenderlo, para no quedar prendidos de él, para vivir en el presente y pensar el futuro. La idea de reconciliación, el 'mirar hacia adelante', cae siempre por su propio peso, sobre todo en determinadas circunstancias. Sólo así puede encararse una nueva etapa de convivencia de la que nadie habría de quedar excluido, marcando de esta forma una nítida ruptura con un dilatado período caracterizado, precisamente, por la exclusión como norma, por la muerte civil, y a veces algo más, de quienes pensaban de otra manera".¹

En cierta forma, así se podría caracterizar la experiencia española a partir de la transición democrática. Incluso resulta difícil entender algunos aspectos relevantes de la realidad actual sin tener en cuenta el olvido derivado de la transición. Todo indica que aún hoy no se han ajustado totalmente las cuentas con el pasado.

Indudablemente, la Guerra Civil Española ha condicionado en gran manera, hasta hoy, la conciencia de las generaciones posteriores. Incluso, se puede decir que acaso no haya habido en los tiempos contemporáneos otro hecho histórico que, como

1 *Pasajes de pensamiento contemporáneo* No. 11. Valencia, primavera, 2003, p. 2.

esta guerra, haya sido piedra de toque de lealtades políticas e ideológicas y divisoria de posiciones existenciales. Las consecuencias de la guerra marcaron la vida de millones de ciudadanos; tanto que la mayoría de los españoles la consideran como el acontecimiento más importante de la historia de su país, fundamental para comprender la España actual. Al respecto, Julio Aróstegui ha afirmado que la Guerra Civil introdujo en la sociedad española una cesura traumática que la percibe como la coyuntura decisiva de su historia en el siglo XX.²

La reconciliación imprescindible para reconstruir un país devastado por la Guerra Civil fue rechazada por los vencedores y sustituida por una durísima represión de posguerra, que ahondó aún más las divisiones de la guerra. Una represión sin piedad, que se cifra en decenas de miles de ejecuciones, de encarcelamientos durante años, de depuraciones, de exilio exterior o de ostracismo interior; una represión que no dejó lugar a dudas de que la Guerra Civil había sido una guerra social. Sobre esto, Josep Benet ha afirmado que de los muchos crímenes cometidos por Franco, el mayor fue su comportamiento al finalizar la guerra.³

Los cautos intentos de abrir en las décadas siguientes el régimen franquista a los vencidos, realizados por quienes progresivamente comprendieron que la reconciliación sólo podía ser efectiva en el marco de un pluralismo que les reconociera el derecho a su identidad, tropezaron con la monolítica negativa constante, rotunda y visceral del régimen. Un régimen cada vez menos respaldado por la sociedad y hasta por la Iglesia, pues esta última se apartó paulatinamente del Estado y en 1971 pidió públicamente perdón “porque no supimos a su tiempo ser verdaderos ministros de reconciliación en el seno de nuestro pueblo dividido”.

En el siglo XX español, la *damnatio historiae* formaba parte de los intentos sistemáticos del régimen franquista por eliminar todo tipo de memoria histórica que no se dejara encuadrar en la tradición del *Alzamiento Nacional* del 18 de julio 1936. Se eliminaba físicamente, asesinando a los líderes del lado republicano; políticamente, repartiendo el poder sin compromisos entre los vencedores; intelectualmente, por medio de censura y prohibiciones; propagandísticamente, con indoctrinaciones unilaterales; culturalmente, destruyendo los símbolos de aquella aparente “Anti-España” que había sido obligada a capitular incondicionalmente después de una larga guerra de casi tres años de duración.

2 Julio Aróstegui. “Los componentes sociales y políticos”. En: Manuel Tuñón de Lara *et al.* *La guerra civil española. 50 años después*. Barcelona, 1987, pp. 45-122.

3 Josep Benet. “Las libertades secuestradas”. En: Ramón Tamames (director). *La guerra civil española, 50 años después. Una reflexión moral*. Barcelona, 1986, p. 113.

A la destrucción de la memoria de aquella España vencida, pronto vendría a sumarse la necesidad de borrar de la memoria de los hombres las huellas de los propios crímenes. El régimen de Franco habrá sido, como se ha afirmado, tradicionalista; pero se trataba de un tradicionalismo percibido de una forma extremadamente selectiva y unilateral, que echaba al olvido tanto como conservaba. La elección de lo que se debía eliminar de la memoria colectiva era un proceso de selección negativa, dirigido desde el centro del poder. Así, la consolidación del poder de los vencedores iba pareja con la necesidad de olvidar por parte de los vencidos.

El régimen de Franco nunca ha estado legitimado democráticamente y el recuerdo de la lucha por la libertad, llevada a cabo entre 1936 y 1939 con una crueldad desconocida, podría haber surtido consecuencias desestabilizadoras. Para la ciencia histórica, amordazada políticamente durante mucho tiempo, esto supuso la necesidad de practicar la historiografía no como una ciencia crítica, sino como legitimación del régimen vencedor. En consecuencia, la Guerra Civil debió ser presentada como "cruzada" nacional y antibolchevique, como "guerra de liberación nacional"; y durante décadas, los libros críticos con el régimen sólo se podían publicar y vender en el extranjero.

2. El cincuentenario de la Guerra Civil

Historiadores y publicistas siempre han resaltado que sólo en un estado democrático, sin trabas intelectuales ni censura política, se podría llegar a una interpretación crítica de la Guerra Civil o de los primeros años negros del franquismo. En la transición de la dictadura a la democracia se abrieron, después de 1975, algunos archivos, y los libros sobre la Guerra Civil tuvieron gran auge. Entre los historiadores se hablaba de la "recuperación de la historia", por la cual se entendía tanto el estudio del pasado reciente y su integración en la memoria colectiva como parte insoslayable de la identidad histórica, como el enlace con anteriores tradiciones historiográficas y políticas, interrumpidas por la larga época de la dictadura franquista.

Ese enorme interés, después de 1975, por publicaciones históricas, politológicas y sociológicas, concretamente, sobre la Guerra Civil, fue la expresión de un extendido deseo de obtener más información. Era de esperar, pues, que el 50 aniversario del comienzo (1986) y del final de la guerra (1989) fuera motivo de múltiples actividades para satisfacer el interés de los ciudadanos. Pero si se contempla el número de actividades más o menos oficiales u oficiosas, llama la atención que en otros países (por ejemplo en la República Federal de Alemania) hubo probablemente más actos relacionados con la Guerra Civil que en España.

En la mirada retrospectiva de la revista *Arbor* sobre los diversos actos realizados en 1986 con motivo del 50 aniversario del comienzo de la guerra, se advertía que el cincuentenario era un momento propicio “para desterrar mitos, falseamientos descarados, interpretaciones maniqueas, apologías viscerales, propagandas insidiosas y pseudoestudios de endeble –cuando no nulo– soporte documental.” En España se podía apreciar un “cambio de rumbo en un terreno abonado de algunos años a esta parte”, pues el cincuentenario brindaba la oportunidad de analizar y contemplar la guerra “desde una perspectiva serena y digna, con rigor en su ponderación y con unos instrumentos académicos y científicos más apropiados”.⁴

Esta “nueva” historiografía de la Guerra Civil y la intención de divulgar en el mayor grado posible los resultados de la investigación, fueron el aporte más remarcable para conmemorar la Guerra Civil “50 años después.” En 1986 no sólo se publicaron unas monografías sobre determinados aspectos de la guerra, sino también varios tomos colectivos con una visión relativamente equilibrada de la contienda. A su vez, numerosas revistas históricas como *Historia 16* y diarios de grandes tiradas como *El País*, publicaron múltiples series sobre la Guerra Civil.⁵

Naturalmente, también en España hubo actos públicos conmemorativos de la guerra.⁶ Pero en comparación con la enorme importancia que esta guerra tiene para la España de hoy, los actos fueron más bien limitados. Además, la mayoría de las conmemoraciones formaba parte del “distanciado” dominio de los historiadores. Todos los responsables política y científicamente estaban de acuerdo en un aspecto:

4 Jesús A. Martínez Martín. “Crónica de un cincuentenario”. *Arbor* No. 491/492. Tomo 125. 1986, p. 246.

5 Véanse los números monográficos sobre la Guerra Civil de las siguientes revistas: *Cuenta y Razón* No. 21. septiembre-diciembre, 1985; *Arbor* No. 491/492. 1986; *Studia Historica* No. 4. tomo III, 1985; *Letras de Deusto* No. 35. tomo 16, mayo-agosto 1986; *Aportes* No. 8. junio 1988. Como tomos colectivos véanse: Universitat de Valencia, Facultat de Geografia i Història. *Estudis d'Història Contemporània del País Valencià*. Valencia S.A.; Julio Aróstegui (editor). *Historia y memoria de la Guerra Civil. Encuentro en Castilla y León. Salamanca, 24-27 de septiembre de 1986*. 3 tomos. Valladolid, 1988; Manuel Tuñón de Lara et al. *Op. cit.*; Ramón Tamames (director). *Op. cit.*

6 Son de destacar cuatro congresos: el de abril de 1986 en Valencia, bajo el título “Valencia, capital de la República”; el de septiembre en Salamanca, “Historia y memoria de la Guerra Civil”; y los de octubre en Granada y en Barcelona, cuyo tema fue “Guerra y revolución en Cataluña”. Si a estos congresos se añaden los diversos seminarios, encuentros o cursos de verano, se puede decir que casi todos los especialistas españoles y extranjeros de la Guerra Civil estuvieron presentes en alguno de ellos.

las conmemoraciones debían estar desprovistas de sus antiguas funciones folclóricas y propagandísticas, y revestir un carácter estrictamente científico. No se trataba de volver a aportar justificaciones, sino explicaciones de lo pasado. Los protagonistas de los eventos ya no eran los abuelos que habían hecho la guerra, sino los jóvenes historiadores que sólo la conocían a través de fuentes y bibliografía histórica. En los encuentros siempre se exhortaba a los presentes a argumentar “objetivamente” y con “distanciamiento histórico”, ya que se trataba de un acontecimiento pasado que desde hacía tiempo formaba parte de la “historia”. Si alguien usaba un lenguaje demasiado explícito (por ejemplo al hablar de la terrible represión por parte de los vencedores), se sentía casi obligado a ofrecer excusas.⁷

La España “oficial” apenas se dejaba oír. En junio de 1986, pocas semanas antes de la fecha exacta del cincuentenario, se iban a llevar a cabo las elecciones parlamentarias, y el PSOE tenía que luchar por conservar su mayoría absoluta. En esta situación, un tanto delicada políticamente, a los electores del centro y de la derecha moderada no se les debía asustar llamando la atención, públicamente y a través de medios comunicativos de masa, sobre la división de la sociedad española en los años treinta. Por aquel entonces, el Partido Socialista había formado parte del espectro izquierdista de la vida política del país; además, no se hubiera podido impedir un debate público en el que también se habría discutido la co-responsabilidad del más importante partido obrero (el PSOE) en el ocaso de la democracia. Asimismo, ese silencio oficial también se apoderó de los políticos conservadores que conformaban la opositora Alianza Popular.

La única declaración del Palacio de la Moncloa –que Felipe González hizo como Presidente de Gobierno y no como secretario general del PSOE– decía que “la guerra civil no es un acontecimiento conmemorable, por más que para quienes la vivieron y sufrieron constituyera un episodio determinante en su propia trayectoria biográfica.” Añadía que era “definitivamente historia, parte de la memoria de los españoles y de su experiencia colectiva. [...] Pero no tiene ya –ni debe tenerla– presencia viva en la realidad de un país cuya conciencia moral última se basa en los principios de la libertad y de la tolerancia”.⁸

7 Es de resaltar que se trata de una reserva de fecha temprana, relacionada con la argumentación desde la perspectiva temporal de la transición. En los últimos años del franquismo –cuando había gran oposición contra el régimen en círculos universitarios– en las universidades españolas se hablaba más específicamente sobre la represión durante el primer franquismo.

8 *El País*. Madrid, agosto 19 de 1986, p. 17.

Indudablemente, tales afirmaciones deben verse en relación con la construcción de la democracia después de 1975 y con la palabra clave de la transición: *consenso*. La experiencia traumática de la Guerra Civil, de violencia brutal y división social ha sido, implícitamente, el trasfondo de muchas posturas y medidas adoptadas en la fase de la transición, como la aceptación de la Monarquía por parte de socialistas, las posturas moderadas de los comunistas, la colaboración de todas las fuerzas políticas en la elaboración de la nueva Constitución, entre otras. La nueva democracia no debía edificarse por una parte de la sociedad contra la voluntad de la otra, sino con la participación de todos los campos políticos en esta labor. Por eso, la condición previa fue la reconciliación de los antiguos bandos enemigos. No se trataba de saldar viejas cuentas aún no resueltas, sino de acabar definitivamente las enemistades y luchas del pasado.

Este deseo de reconciliación y el miedo de volver a abrir viejas heridas posiblemente llevó a los socialistas a no conmemorar oficialmente el cincuentenario de la Guerra Civil, incluso a reprimirlo y a mostrar comprensión —en el sentido político— por el “otro” lado de antaño. Según el comunicado de la Moncloa, el gobierno quería “honrar y enaltecer la memoria de todos los que, en todo tiempo, contribuyeron con su esfuerzo, y muchos de ellos con su vida, a la defensa de la libertad y de la democracia en España”; y recordaba “con respeto a quienes, desde posiciones distintas a las de la España democrática, lucharon por una sociedad diferente, a la que también muchos sacrificaron su propia existencia.” Además, manifestaba su esperanza de que “nunca más, por ninguna razón, por ninguna causa, vuelva el espectro de la guerra y del odio a recorrer nuestro país, a ensombrecer nuestra conciencia y a destruir nuestra libertad. Por todo ello el Gobierno expresa también su deseo de que el 50º aniversario de la Guerra Civil selle definitivamente la reconciliación de los españoles”.⁹

3. La pérdida de la memoria

En muchos casos, cuando se trataba de quitar símbolos de la dictadura franquista, las autoridades no intervinieron. Con esta tolerancia, los gobiernos democráticos practicaron una política completamente diferente a la del régimen anterior, que en 1939 había eliminado en poquísimos tiempo todos los símbolos públicos que recordaban a la República vencida. Al contrario, la España democrática no ha realizado hasta hoy una “purga” radical de símbolos franquistas, pues si bien en los años transcurridos desde 1975 algunos de ellos han desaparecido, en muchos otros casos

9 *Ibíd.*

siguen existiendo. Por esta razón, ciertos monumentos de Franco aún “adornan” plazas y parques, y varias calles siguen llevando los nombres de generales victoriosos.

Un ejemplo de la eliminación tardía o no realizada de símbolos franquistas pudo verse en abril de 1989, cuando la Academia Militar de Zaragoza eliminó símbolos franquistas entre el disgusto de varios mandos.¹⁰ Las Avenidas del Generalísimo y de Mola fueron rebautizadas como Avenidas del Ejército y de los Reyes, respectivamente; la Plaza del Caudillo se convirtió en Plaza de España, pero la gran estatua ecuestre de Franco, a la entrada del complejo de la Academia, no fue removida. Sólo el anagrama *Víctor*, empleado durante la dictadura como típico signo franquista, fue retirado; en su lugar, ahora figura la inscripción: “General Franco, primer director de este centro (1928-1931)”.

Del mismo modo, el texto que figuraba en un monolito ante el cual suelen realizarse las ceremonias de homenaje a los españoles fallecidos, fue modificado. Hasta abril de 1989, el texto decía: “1936-1939. Español, lee y divulga que 70.561 muertos, 353.352 heridos, 50.000 mutilados, ha sido la contribución del Ejército a nuestra cruzada nacional. Por ello, España te pide una oración por los caídos, respeto para los mutilados, cariño para tu Ejército”. La nueva frase recoge las mismas cifras (que, por cierto, sólo se refieren a los caídos en el lado franquista) y agrega: “Tributo del Ejército de Tierra en la última guerra civil. Nuestro mejor homenaje a ellos: que nunca más vuelvan a enfrentarse españoles entre sí”.

Estos cambios realizados a instancias del gobierno, sólo fueron advertidos por los mandos de la Academia cuando se encontraron con los hechos consumados. Ninguno de los presentes intervino para expresar su satisfacción por los cambios; por el contrario, los jefes y oficiales que pidieron la palabra expresaron su disgusto por lo ocurrido.

De alguna manera, vencedores y vencidos han conservado sus papeles. En el gobierno de 1982 a 1996, los socialistas recurrieron al peso heredado del miedo como consecuencia de la guerra para asegurar su cautela política, para no realizar ningún cambio radical que probablemente hubiera puesto en peligro la estabilidad del sistema. La estabilidad política lograda en España tenía su precio político y moral; la paz sociopolítica debía pagarse. En la fase de la transición, gran parte de los militares de mayor edad se identificaba más o menos expresamente con su pasado franquista, y en círculos militares y cuarteles se seguía hablando de “cruzada”, aunque este léxico pronto sería minoritario. La supervivencia del sistema simbólico franquista recuerda

¹⁰ *El País*. Madrid, marzo 27 de 1989, p. 16.

que la reforma política partía de un pacto elaborado en las instituciones autoritarias, que finalmente condujo a la transición. De acuerdo con este carácter transitorio, las Fuerzas Armadas pasaron, sin ningún tipo de purga, desde la dictadura al postfranquismo.

La inexistencia de una clara ruptura democrática con la dictadura franquista ha arrojado una sombra sobre aquellas áreas del pasado que en la historiografía francesa son llamadas “lugares de la memoria”. La transición fue una especie de “pacto de honor” por el que se compensó a los franquistas por desalojar el poder, mediante la práctica de una amnesia colectiva, lo cual no sólo es válido para los gobiernos conservadores entre 1977 y 1982, sino también para el PSOE. Con su renuncia a la historia, la socialdemocracia española perpetuó la pérdida de la memoria a la que fue obligada la población durante la dictadura. En ambos casos, la marginalización y la represión de la historia sirvieron para estabilizar las estructuras de poder vigentes.

Alberto Reig Tapia, en su estudio sobre ideología e historia, ha llamado la atención sobre el hecho de que la “manipulación” propagandística en torno de la Guerra Civil no desapareció con la muerte del general Franco y el fin de su régimen.¹¹ El largo tiempo transcurrido bajo la dominación franquista y la poderosa influencia que la propaganda de su régimen ejerció a lo largo de 40 años, determinaron que se haya “cristalizado” en amplias capas de la población española una visión parcial y deformada de la guerra y del terror.

Muchos aspectos de la Guerra Civil, entre ellos el de la represión franquista, son páginas “blancas” de la historia reciente, y aún después de 1975 se han hecho esfuerzos para que dichas páginas permanezcan en blanco. Seguro de que no puede ser acusado de revanchista, el gobierno socialista, desde los órganos oficiales, no se ha alentado a devolver a los españoles plenamente su historia inmediata. El tema de la Guerra Civil se ha pasado por alto con el loable propósito de no contribuir a reabrir las heridas de la guerra y se ha confundido el “revanchismo” –que nadie propugnaba– con la ineludible necesidad de recomponer los trazos esenciales de la reciente historia, por dolorosa que ésta sea. Al respecto, Gregorio Morán habla de un “proceso de desmemorización colectiva” que para él fue “el precio de la transición”: todos concordaron en aceptar el olvido del pasado con tal de afrontar un porvenir en paz.¹² Alberto Reig Tapia, por su parte, se refiere a un “pacto de silencio implícitamente acordado entre las distintas fuerzas políticas sobre los aspectos más negros del franquismo”.¹³

11 Alberto Reig Tapia. *Ideología e historia. (Sobre la represión franquista y la Guerra Civil)*. Madrid, 1986, p. 17.

12 Gregorio Morán. *El precio de la transición*. Barcelona, 1991.

13 *Ibid.*, p. 20.

Con respecto al consenso político logrado para la transición, hubo también una aquiescencia de la izquierda para olvidar la Guerra Civil. En 1979, Jorge Semprún declaraba:

Yo creo que en España este problema de la ocultación y de la guerra civil, es muy concreto y está muy politizado. Diré, metafóricamente, que el pacto de la Moncloa implica el olvido. O sea, la interpretación de la reconciliación nacional como olvido mutuo, no como planteamiento histórico de las cuestiones, sino como olvido de los problemas.¹⁴

Si bien este consenso fue funcional, en el sentido político, también en palabras de Semprún era igualmente peligroso y podía ser grave para la propia democracia. Esa aceptación de la mayoría de silenciar y ocultar parte de la memoria histórica española, parece evidente. En 1980, José Vidal-Beneyto insistía en la denuncia del forzado silencio y olvido:

Para evitar la ruptura democrática y sustituirla por la autorreforma del franquismo se les practicó a los españoles la ablación de la memoria histórica, lo que produjo en ellos efectos análogos a los que la lesión de los lóbulos frontales, sede de la capacidad rememorativa, produce en los primates: pérdida de las barreras defensivas, invalidación de las pautas innatas de comportamiento, ruptura de la propia estructura de la personalidad, engendradoras, todas ellas de incertidumbre, peligrosidad, confusión y desgana.¹⁵

4. Modernización y europeización

Aparte de las reflexiones presentadas hasta ahora, otra causa importante para la “eliminación” oficial de la Guerra Civil radicó en el consenso ideológico que parece primar desde hace años en la mayoría de la sociedad española, y que puede ser calificado con los conceptos de modernización y europeización.¹⁶ El trasfondo de esta fe en el progreso, del consumismo extrovertido y de una euro-euforia sin precedentes fue, en los años de la transición, un complejo de inferioridad, justamente con respecto a este progreso y a esta Europa, de la que el régimen franquista primero se había distanciado (con el lema *España es diferente*) y de la que más tarde fue marginado y excluido por motivos políticos. Filósofos, escritores y políticos se han planteado y replanteado la pregunta del porqué del “atraso” de España, y aún hoy, el adelanto

14 Citado En: Alberto Reig Tapia. *Op cit.*, p. 25.

15 *Ibid.*, p. 26.

16 Véanse: Holm-Detlev Köhler. “Der traumatische Bürgerkrieg”. *Kommune* No. 11. 1986, pp. 26-29; Walther L. Bernecker. “Spanien und Europa seit dem Bürgerkrieg”. *Hispanorama* No. 56. Noviembre, 1990, pp. 21-31.

de Europa con respecto a España es un tema frecuente en la publicística y ensayística españolas. En este debate, la Guerra Civil era el evento histórico que más claramente ponía de manifiesto el atraso de España; era el punto final en toda una serie de intentos malogrados de modernización.

La consecuencia de la Guerra Civil—la instalación del régimen franquista—llevó después de 1945 a la exclusión de España de la comunidad de naciones y al boicót económico. El país tuvo que hacer uso de una política autárquica y por mucho tiempo sus relaciones exteriores se concentraron en los países árabes y en Iberoamérica, lo que intensificó aún más la sensación de subdesarrollo. Fenómenos como la inferioridad, el aislamiento y la división entre vencedores y vencidos, se asocian en España con la Guerra Civil y sus secuelas. Por eso, la apertura actual del país hacia la democracia, hacia el progreso y hacia Europa es un distanciamiento consciente de este pasado no deseado.

En casi todos los comentarios sobre la conciencia de la población española con respecto a la Guerra Civil, se hace hincapié en la indiferencia de la juventud hacia su pasado más reciente. Y las autoridades mostraron un llamativo desinterés por cambiar esta situación; de hecho, el Rey y el gobierno sólo hablaban de reconciliación, las instituciones gubernamentales y estatales continuamente predicaban el tema de Europa, el consumismo alcanzó niveles insospechados y todo el país estaba mentalizado hacia el progreso y la modernización. De manera contraria a lo ocurrido durante la Segunda República, la clase política fue tan conciliante, que la juventud ya no se sentía atraída por la política y sólo quería, como en otras partes de Europa, vivir bien. De esta forma, hizo a un lado la Guerra Civil.¹⁷

En 1986, España no sólo conmemoró el cincuentenario de la Guerra Civil; este año, el país también llegó a ser miembro de pleno derecho de la Comunidad Económica Europea y se decidió definitivamente a permanecer en la OTAN. Si la Guerra Civil había marcado el comienzo de una “vía especial”, el año 1986 representó el regreso de España a la “normalidad” europea.

Seguramente, la falta de historicidad de las generaciones jóvenes estuvo relacionada con la continua instrumentalización de la historia a lo largo del franquismo, que, ya en el postfranquismo, devino en desinterés o incluso en rechazo. Al respecto, la reflexión de Manuel Tuñón de Lara sobre la Guerra Civil, parece ser más importante medio siglo después:

17 Werner Herzog. “Blutige Warnung aus weiter Ferne”. *Frankfurter Rundschau*. Junio 17 de 1989.

Ese pasado no está todavía tan lejano, aunque pensamos que tiene ya ganado su puesto en la historia: engendró odios, hizo correr lágrimas y llenó de luto los hogares. La España plural de nuestros días, que tiene ya su puesto en la construcción de Europa, tiene también que aportar a ella su experiencia histórica, más allá de las pasiones y de las ideologías, basada enteramente en la investigación, el conocimiento y el juicio crítico de un pasado que es preciso no olvidar para no repetirlo.¹⁸

En este contexto merecen ser mencionadas las apreciaciones del filósofo José Luis L. Aranguren, quien dice que la sociedad española de la transición contrajo una nueva relación con su historia, que ya no asumía dogmáticamente, que se distanciaba y no se identificaba con el pasado, que había realizado un verdadero giro en la memoria colectiva.¹⁹ Esta “auténtica mutación histórica” se debe a que los españoles habían estado abrumados “por el peso de los *pueblos con Historia universal*”; mayoritariamente habían vivido la “ortodoxia” de una añoranza de continuidad con la historia universal de España, y sólo una minoría heterodoxa se había distanciado de esa nostalgia.

La cultura española imperante fue, en su *siglo de oro*, cultura de la contra-reforma, y después cultura de la contra-modernidad.

Al coincidir cronológicamente la grandeza de España con el auge cultural de su catolicismo contrarreformador, la genuina cultura española sólo puede darse indisolublemente unida [...] a la contra-modernidad [...]. Lo que culturalmente ha prevalecido entre las clases dirigentes ha sido la nostálgica mirada atrás, hacia las glorias de la España católico-imperial, la concepción de esta ‘España eterna’ como ‘la reserva espiritual de Europa’ y aún del Occidente todo.²⁰

El franquismo puede ser contemplado, por lo menos en su primera fase, como último intento de encuadrarse en esa tradición de la contra-modernidad. Los elementos “revolucionarios” de renovación de la Falange, fascista en sus principios, fueron siempre para el régimen de mucha menor importancia que los elementos de continuidad, de proveniencia tradicionalista, nacional-católica y militar. Estos elementos culturales “premodernos” se perdieron rápidamente en el último franquismo, con el desarrollo económico durante la segunda mitad de los años sesentas. Esta pérdida no originó un antifranquismo explícito, sino más bien un no-franquismo, un escep-

18 Manuel Tuñón de Lara. “Un ensayo de visión global, medio siglo después”. En: Manuel Tuñón de Lara *et al.* *Op. cit.*, p. 437.

19 José Luis L. Aranguren. “Por qué nunca más”. En: Ramón Tamames (director). *Op. cit.*, pp. 171-184.

20 *Ibid.*, p. 172.

ticismo frente a la política que, si bien dio paso –en los primeros años después de 1975– a un acentuado compromiso político, pronto volvió a convertirse en un escepticismo distanciado, cuando las principales metas de la transición política –la democracia y la toma del poder por el partido de centro izquierda– parecían aseguradas. En los años ochentas no se podía apreciar una alternativa política ni en la izquierda ni en la derecha. Esa sensación de parálisis se manifestó no sólo en la conciencia política, sino también en la histórica, por ende, fomentó una postura que no iba dirigida hacia la “diferencia” sino más bien hacia la “indiferencia” y la despolitización.

La Segunda República se desarrolló en días de crispada politización y movilización social, y se resolvió por medio de la guerra. Al mismo tiempo, fue el corto período durante el cual se presentó una nueva visión de la historia española (en la tradición de la *Institución Libre de Enseñanza*). A la despolitización de los años ochentas corresponde la deshistorización que, hasta el momento, no ha contrapuesto al anterior modelo interpretativo de la España imperial, uno diferente. Con base en tales reflexiones, podría haber otra explicación mucho más simple que la político-ideológica, para la postura oficial frente a la Guerra Civil y al trato de los símbolos franquistas en la transición. Habría que preguntarse si los valores propiciados por el franquismo estuvieron realmente radicados en la sociedad española, si los símbolos y la estética del régimen fueron más que síntomas superficiales, aceptados resignadamente sin prestarles mayor atención. En fin, habría que preguntarse si Unamuno fue profeta al decir: “Venceréis, pero no convenceréis”. A partir de los años cincuentas, la ideología del régimen –si es que la hubo– estuvo expuesta a un continuo proceso de deterioro y descomposición, y en los años finales de la dictadura, prácticamente ya no existía. Por tanto, después de 1975 no era necesaria una toma de postura para con la ideología y los símbolos del franquismo, ya que sólo se trataba de una envoltura sin contenido que muy pocos tomaban en serio. También esto explica la manera como la sociedad española trató su pasado dictatorial: lo tomó por algo que había sobrevivido y simplemente lo condenó al olvido.

Sobre la Guerra Civil y, más aún, sobre los primeros años del franquismo, se tendió una capa de silencio, posiblemente porque la generación de la transición no consideró oportuno hablar acerca de una época tan conflictiva de su historia. La importancia que se dio al “progreso” desde la esfera estatal, hizo aparecer disfuncional la evocación de esas épocas interpretadas como “negativas”. En aras de la mentalidad reconciliadora también se sacrificaron aquellos actos conmemorativos que muchos habían esperado del Gobierno en 1986 ó en 1989, y en lugar de ellos, el lema proclamado hacia todos los lados, por igual, rezaba: “Nunca más!”. Así, la Guerra Civil se enjuiciaba como “tragedia”, como crisis que recordaba el derrumbe de todos

los valores de la convivencia humana. No se hablaba de las causas y de las responsabilidades de esta tragedia, sino de las consecuencias de la “trágica crisis”.

5. La historiografía de la reconciliación

A esa ideología del consenso y de la reconciliación se refirieron también algunos historiadores críticos que enfocaron desde determinados presupuestos epistemológicos y concepciones de sociología de la cultura y de la comunicación, la serie del diario *El País* sobre la historia de la Guerra Civil, publicada entre marzo y julio de 1986. Esta serie fue, según los críticos, “una nueva estrategia de la legitimación de la situación política y del sistema de dominación imperante, hecha desde las élites rectoras”.²¹ El contexto ideológico de la serie debía buscarse en la nueva mistificación de la “solidaridad interclasista (antes que nada, España)”, en beneficio de la “reproducción de un orden social supuestamente a salvo de la agudización de las contradicciones”.

Juan Luis Cebrián y Edward Malefakis presentaron el proyecto como la superación del “partidismo” de la historiografía habitual, que además podía contribuir al desarrollo de una “nueva cultura política”, más acorde con el régimen democrático establecido en España (fundamentado sobre la impugnación de la “propaganda ideológica y la beligerancia política de muchas de las historias” publicadas). La crítica culminó y se resumió en las siguientes palabras: “*La guerra de España de ‘El País’*, en lugar de marcar, como pretende, el punto de arranque de una nueva interpretación, recupera con todo su anacronismo la vieja lectura conservadora de la llamada historiografía del *nuevo Consenso*”. Además, hay que añadir el positivismo y el reduccionismo politicista de la serie. Al subrayar la eficacia de la actividad política parlamentaria, se consolidó la democracia burguesa y se nutrió la ideología ilusionaria de que los problemas sociales podían resolverse en el marco del parlamentarismo; al insistir en el protagonismo histórico de los líderes políticos y sindicales, este tipo de historiografía se reveló como “tecnología del ocultamiento de la conflictividad de clases”; y al resaltar el papel de los militares sublevados, se enmascararon las fuerzas sociales que estaban detrás del levantamiento.

También el uso de las palabras sirvió para concentrar el relato en el nivel político-parlamentario. Se hablaba de revolución, terror, conflicto, desorden, violencia y otros fenómenos que tienen, primordialmente, connotaciones negativas; de esta

21 Encarna Nicolás *et al.* “Una propuesta de crítica historiográfica. *La guerra de España de ‘El País’* como expediente de legitimación”. *Arbor* No. 491/492. Tomo 125, 1986, pp. 183-215.

manera, se provocó la reprobación “ética” de la conflictividad social como instrumento de transformación política. La posibilidad del cambio social residía pues, por necesidad, en la participación ciudadana en los procesos institucionales de mediación y control. El uso del “lenguaje cotidiano” tenía por base una teoría de “armonización” de la sociedad; pero esto no era otra cosa que una “historiografía de la reconciliación” y una forma de ignorar las contradicciones.

Si bien no es necesario hacer suya la dura crítica ideológica de la serie publicada en *El País*, sí llama la atención que tanto la postura gubernamental frente a la Guerra Civil como la interpretación dada a la guerra en los medios masivos, fueron características de una estrategia de consenso que, en el ámbito historiográfico, no fue innovadora metódicamente y, en el sector político, debía contribuir a estabilizar la situación, es decir, a conservarla social y políticamente.

Si tras el comportamiento oficial del gobierno en las fechas conmemorativas de la Guerra Civil, de verdad había una estrategia reflexionada y preventiva de consolidación del poder, hay que preguntar, ¿cómo percibía la sociedad española de aquellos años a la Guerra Civil? En el verano de 1983, la revista *Cambio 16* hizo una encuesta representativa sobre la Guerra Civil: El 59% de los encuestados decía que la Guerra Civil era “un tema que hoy interesa”, el 57% consideraba la guerra como el hecho histórico más importante para comprender la España actual; al mismo tiempo, el 76% se consideraba “mal informado” al respecto. La gran mayoría, el 73%, estaba de acuerdo en que “la guerra civil fue una época vergonzosa de la historia de España que era mejor olvidar”; el 53% decía que en los dos bandos se luchaba por la libertad y el progreso de España, y el 48% coincidía en que todas las actuaciones de Franco estuvieron motivadas por su gran amor a España. A la pregunta: “si ahora tuviese que tomar partido, ¿por cuál de los dos bandos estaría dispuesto a combatir?”, casi la mitad (el 48%) contestó: “Por ninguno de ellos”.²²

Las respuestas a esta encuesta permiten reconocer en qué manera la Guerra Civil ha condicionado la conciencia de las generaciones posteriores. Cuando se realizó la encuesta, la mayoría de la población española se componía de personas que no habían vivido la guerra y sólo habían sufrido sus consecuencias. Y aquel 73% que dijo que la Guerra Civil fue una época vergonzosa de la historia de España que era mejor olvidar, expresaba con esta opinión su interés de no mirar hacia atrás, hacia las viejas historias bélicas, y en cambio mirar, desde un presente conciliado, hacia adelante, hacia el futuro europeo.

22 *Cambio 16* No. 616/619. Septiembre 26 a octubre 10 de 1983.

6. El final de las utopías políticas

Tras la muerte de Franco, España se vio sumida, de un modo realmente paradigmático, en una crisis postmoderna de identidad. Al compás del cambio político debieron ser replanteadas las cuestiones relativas a la identidad cultural. El país no sólo se vio envuelto en un rápido proceso de democratización, sino también expuesto a otros dos procesos simultáneos: por un lado, a la transformación política y económica de Europa y, por el otro, al proceso de globalización en los ámbitos de la cultura y la economía. Por ello, de modo prácticamente inevitable, los modelos de identidad resultaron ser más complejos y diversos de lo que eran en los espacios culturales, integrados en el nuevo orden mundial en la segunda mitad del siglo XX.

Con la transición, España consiguió eliminar aquel desnivel entre el desarrollo político, socio-económico y cultural que había sido característico de su historia y causa de numerosos enfrentamientos violentos. Sólo con la llegada de la democracia, el desarrollo político pudo alcanzar el nivel de la modernización económica (y en parte también social) que España había experimentado ya durante la dictadura franquista. Los políticos españoles insisten por ello, una y otra vez, en la idea de que España es, hoy en día, un país “normalizado” en términos europeos. A este respecto debe subrayarse que esa “normalización” coincidió con los procesos de integración europea y de globalización económica, y dio lugar a una rápida internacionalización en el ámbito económico y a una nivelación en el cultural.

Tras la transición a la democracia y tras su clausura mediante una Constitución dotada de un amplio consenso, se difundió una forma de “superación del pasado” específicamente española. Miembros de la oposición política e intelectuales antifranquistas arrastraban numerosos traumas debidos, por un lado, a la violencia de la Guerra Civil y al terror de la primera fase de la dictadura, y por otro lado, a su incapacidad para hacer caer a la dictadura franquista, pues estuvieron obligados a ver morir a Franco en la cama. A ello se sumó que la transición a la democracia no resultara de una ruptura abierta con el régimen franquista, sino como pacto negociado con las élites del antiguo sistema. Con ello, la democracia no fue (como, por ejemplo, en el caso del vecino Portugal) resultado de un golpe de estado o de una revolución popular, sino producto de una estrategia consensuada entre políticos “de izquierdas” y “de derechas”. Todo esto desembocó en una crisis moral que afectó el sentido de orientación y de autenticidad de la izquierda, y llevó a una política del olvido, ejercida por todas las fuerzas políticas. La amnesia histórica envolvió a la Guerra Civil y al franquismo. Pero, además, la muerte de Franco supuso también para la oposición la pérdida de algo que durante mucho tiempo había dotado de sentido a sus actividades: la imagen central del enemigo. Los términos de “derecha” e “izquierda” sufrieron, como etiquetas

político-ideológicas, un rápido proceso de erosión. En cierto modo, España anticipó así, en más de una década, la disolución de la oposición Este-Oeste. Se anunciaba ya la postmoderna disolución de las diferencias.

En los casi cuarenta años de dictadura franquista, el pensamiento de una parte significativa de la intelectualidad izquierdista española giraba en torno de un proyecto utópico e imaginado de un modo marxista para la recuperación de libertades fundamentales. La muerte del dictador, en 1975, ofrecía la posibilidad de realizar el programa marxista acariciado durante tanto tiempo; sin embargo, no se siguió el camino “de izquierdas”. Ciertamente, a comienzos de los años setentas, una parte importante de la intelectualidad española estaba dominada por la utopía de una radical transformación de tintes socialrevolucionarios; así mismo, muchos intelectuales y miembros de la comunidad universitaria mostraban vínculos emocionales con la izquierda. No obstante, el final de la dictadura hizo advertir a estos grupos que su papel anterior, como conciencia crítica del país, debía ser profundamente revisado.

El Partido Socialista fue una de las primeras agrupaciones sociales en abandonar su orientación revolucionaria. En 1979 eliminó el concepto “marxismo” de su programa de partido, pasó a definirse como “no ideológico” y, gracias a su giro socialdemócrata, obtuvo una amplia victoria en las elecciones generales de 1982. El Partido Comunista, por su parte, abandonó su orientación “leninista” y se identificó con el eurocomunismo, aunque lo hizo para caer en una fase de clara desorientación que le condenó a continuas derrotas en las urnas. Los resultados electorales de un Partido Socialista desplazado hacia el “centro” en los años ochentas, y la final victoria, en 1996, del conservador Partido Popular (que, del mismo modo, pasó a presentarse como un partido “de centro”) permiten reconocer el distanciamiento de la sociedad española respecto de los grandes ideales izquierdistas presentes durante la dictadura.

El hundimiento de aquellos grandes y utópicos proyectos de izquierdas fue parte y consecuencia del “pacto del olvido” característico de todo el proceso de transición a la democracia. El rechazo radical del franquismo fue, en los años posteriores a 1975, un fenómeno colectivo. Parecía buscarse la eliminación definitiva de su recuerdo y, con ello, de la Guerra Civil y de las dos Españas; se trataba de una manifiesta exigencia social con la que cumplieron tanto la izquierda como la derecha políticas. La política reformista de aquellos años, claramente apoyada y refrendada por la mayoría de los españoles con derecho a voto en el referéndum de diciembre de 1976, era una política de negación y supresión del pasado. Una vez iniciado el proceso de democratización, no fueron integrados en la memoria social ni el juramento prestado por el nuevo monarca a las Leyes Fundamentales franquistas, ni el pasado falangista del primer presidente de la democracia, Adolfo Suárez. Pero lo mismo podría decirse sobre el

pasado político de algunos miembros de la oposición socialista y comunista, cuyo papel (por ejemplo en la Guerra Civil) sólo debía interesar ya a los historiadores. En consecuencia, la izquierda y la derecha estaban de acuerdo en no exigirse cuentas por sus pasados respectivos y dedicar todas sus energías a la legalización de sus partidos para hacer posible la convivencia política.

En un proceso político que sucedió más de diez años antes de las posteriores renunciaciones de la izquierda europea y del hundimiento del socialismo (a partir de 1989), la izquierda española abandonó sus marcas identitarias y, con ello, también su vinculación con el pasado. De manera semejante se comportó la derecha “civilizada”, dispuesta al cambio y moderada. El resultado de todo ello fue la significativa reforma política a la que se ha dado el nombre de “transición”.

La primera fase de la transición podría caracterizarse por la euforia y el ambiente de celebración. En principio, había mucho que celebrar: la muerte del dictador, el final de la tiranía y de la censura ideológica y política, el —durante tanto tiempo deseado— comienzo de la democratización y el avance hacia Europa. Sin embargo, cuando se hizo evidente que no todos los sueños político-ideológicos llegarían a realizarse, se produjo el efecto político que se ha denominado “desencanto”.²³ José Luis Pinillos argumenta que con la desaparición del espíritu político de lucha, la juventud, posiblemente, haya perdido de forma transitoria sus ideales, lo que pudo haber contribuido a que se haya refugiado en el escapismo o en esa variante barata del escepticismo, llamada “pasotismo”.²⁴

Teresa Vilarós, en su crítica cultural de la transición, caracteriza aquellos comportamientos surgidos en la fase entre la España franquista y la europea, como “fenómenos de respuesta a un síndrome de abstinencia”. Introduce la idea de “adicción” como metáfora para la utopía (más o menos) marxista de la cual la izquierda española había sido dependiente desde el final de la Guerra Civil. Esa utopía fue, en opinión de la autora, la droga de las generaciones que vivieron bajo el franquismo. Pero la muerte del dictador trajo consigo el final de esa utopía y la aparición de un síndrome de abstinencia (*mono*) que se manifestó, por un lado, en ese denominado “desencanto”, esto es, en el amplio desinterés hacia la política por parte de la ciudadanía; y, por otro lado, en formas de comportamiento que podrían ser caracterizadas como un anómico “culto al exceso”.²⁵

23 Denominación que se remite a la película de Jaime Chavarrri. *El desencanto*. 1976.

24 José Luis Pinillos. “Crónica cultural de una transición”. *Cuenta y Razón* No. 19. 1985, p. 59.

25 Teresa M. Vilarós. *El mono del desencanto. Una crítica cultural de la transición española (1973-1993)*. Madrid, 1998, p. 25.

La legitimidad de la democracia era sin duda perfectamente compatible con un cierto distanciamiento del español medio respecto de los asuntos políticos. Esta actitud, más bien pasiva, podría ser interpretada como un legado del franquismo, que había transmitido no tanto valores autoritarios sino un interés orientado fundamentalmente hacia lo privado, el consumo y los valores materiales, mientras que la calidad de la vida social y la participación en las tareas colectivas fueron, y continuaron siendo, aspectos poco desarrollados. Se dejaba en manos del estado todo aquello que se referiera a intereses colectivos, en una actitud que continúa siendo, hoy en día, mayoritaria, pues reserva al estado la tarea de resolver todos los problemas sociales, al tiempo que todavía alberga una desconfianza profundamente arraigada hacia los políticos y un amplio desinterés por la política.²⁶

Los años de desencanto político coincidieron con la llamada “movida”; una corriente rupturista en las artes y la bohemia que, surgida en Madrid y Barcelona, se extendió con rapidez a las ciudades españolas más importantes. Ese desbordado “vive y disfruta”, ha sido interpretado como una reacción ante la comprensión de que los principales deseos de cambio no recibirían realización política alguna en el futuro inmediato. La casi estática difusión de la movida serviría, así, de contrapeso a la resaca política, fruto de la repentina ausencia de metas utópicas.²⁷

Desde un punto de vista histórico, la movida surgió como reacción al desencanto. Pese a coincidir con la toma de posesión de los gobiernos regionales por los socialistas desde 1979 y pese a abarcar la fase del cambio de gobierno en 1982, no mostró ninguna connotación política expresa. La movida se podría caracterizar, en cambio, como una fase de ruptura cultural e intelectual, típica de determinados grupos (en principio predominantemente artísticos), que envolvió a círculos intelectuales y se desarrolló como un movimiento fundamentalmente urbano. En cuanto fenómeno sociocultural, la movida reflejó cambios esenciales en el ámbito cultural e intelectual al aportar una nueva definición del concepto “progresista” (una denominación político-existencial derivada del antifranquismo). También reflejó una transformación de los parámetros estéticos e incluso éticos, al representar el rechazo del compromiso político explícito, de la moral del trabajo y de la ética ascética. A esta permanente producción tardocapitalista de lo estético como artículo de consumo (en el sentido empleado por Jameson), a la movida en resumen, se oponía una parte de los intelectuales españoles; sin embargo, por algunos años se convirtió en un

26 José-Carlos Mainer y Santos Juliá. *El aprendizaje de la libertad 1973-1986*. Madrid, 2000, p. 57.

27 Fredric Jameson. *Postmodernism, or the Cultural Logic of Late Capitalism*. Durham, 1991.

fenómeno con amplio calado social en un país profundamente despolitizado y entregado por completo a intereses materialistas.

La “modernización” moral fue extraordinariamente rápida y, como era de esperarse, sobre todo entre la juventud, cundió la confusión. Las canciones de aquella época llenaban sus letras con el rechazo al estado, con la rebelión hacia las indicaciones del gobierno, con formas de comportamiento desviado y con la obsesión por conseguir un espacio vital en el que pudiera desplegarse la identidad propia con el disfrute del sexo, las drogas, el alcohol, la música y la vida nocturna en grupo.²⁸

Con la muerte de Franco desapareció, en cierto modo, el eje en torno del cual se habían articulado tanto enemigos como partidarios del régimen y que había servido como su punto de referencia; se disolvió el punto de vista unitario de y hacia la historia. Asimismo, los procesos socioculturales que siguió el país a partir de 1975 fueron parte del proceso de disolución vivido por el centralismo y por la visión de la historia guiada por éste. Si la España de las décadas franquistas presentaba una imagen unitaria de la historia y creía en un progreso común, la muerte del dictador y el hundimiento de su sistema significaron el fin de un pensamiento histórico, sujeto a las categorías de “izquierda” y de “derecha”. Ahora se extendían unas nuevas y descentralizadas perspectivas que anunciaban la postmodernidad.

Manuel Vázquez Montalbán, uno de los más importantes colaboradores de la revista de la izquierda intelectual *Triunfo*, acuñó una certera expresión con la que señalaba a un pasado intelectual en el que, haciendo causa común, se había argumentado políticamente contra el Franquismo. Esa expresión, “contra Franco vivíamos mejor”,²⁹ era también una mirada, ya de nostalgia, al rápido hundimiento del sistema franquista en un momento, 1976, en el que hacer causa común y unirse contra la dictadura era ya cosa del pasado. La cita ilustra la desintegración y, en última instancia, la despolitización de gran parte de la población española. Teresa M. Vilarós ha subrayado que el desarme ideológico de la izquierda no siguió al proceso de desencanto, sino que le fue simultáneo o que incluso llegó a precederle.³⁰ Ya pocos meses después de la muerte de Franco, la izquierda española consideraba superada la hasta entonces válida dialéctica de clases y se desprendió de ella con una sorprendente rapidez. Esta postura significaba el fin de una época: no sólo se dejó atrás el sistema franquista, sino que, al mismo tiempo, se enterró todo el pasado histórico que pudiera traer algún recuerdo de él.

28 José-Carlos Mainer y Santos Juliá. *Op. cit.*

29 Manuel Vázquez Montalbán. *Crónica sentimental de la transición*. Madrid, 1976, p. 151.

30 Teresa M. Vilarós. *Op. cit.*, p. 66.

El desinterés hacia la política no sólo fue resultado de los esfuerzos despolitizadores del franquismo. Otra de sus causas fue la transición lograda en forma de pacto y negociación entre las élites y no a través de una participación masiva de la población. Los “pactos” contraídos entre políticos del antiguo régimen y fuerzas de la oposición resolvieron de un modo pacífico muchos de los problemas históricos que tradicionalmente habían dificultado la convivencia ciudadana, pero, al mismo tiempo, reforzaron la pasividad de la sociedad española. Con el fin de garantizar el éxito del proceso de democratización, las élites políticas se reservaron la exclusividad de participación en el proceso de negociación. Con ello, fue rápida su transformación en “clase política cerrada”, se reforzó el poder del ejecutivo frente al legislativo, se crearon partidos con escasa participación de los afiliados y con una clara tendencia a la oligarquización, y se empujó a la población hacia los márgenes de la política. Se buscó aprobación antes que participación, votos antes que movilización.

Encuestas llevadas a cabo durante la transición muestran cómo un 75% de los españoles se entendían a sí mismos como desinformados y desinteresados por la política, que les inspiraba tedio, desconfianza o indiferencia.³¹ La Guerra Civil y sus duraderas consecuencias sociales, los procesos de destrucción de lazos sociales y los fenómenos anómicos resultantes del rápido cambio social iniciado por la industrialización de los años sesentas, son, para Santos Juliá, las causas de que en los últimos años del franquismo nunca una cantidad mayor al 35% de los españoles encuestados se identificara con la “cultura democrática”, mientras que la mayoría de ellos manifestaba desinterés o rechazo hacia la política.³² A esta actitud básica de desconfianza e indiferencia podría también atribuirse la extraordinaria debilidad del desarrollo del asociacionismo en España. Ni siquiera un 7% de los españoles está afiliado a un partido, sólo un 9% a un sindicato, y poco más del 20% es miembro de algún tipo de asociación. Este escepticismo en relación con la participación en la vida pública puede ser atribuido al generalizado sentimiento de desconfianza entre personas e instituciones, existente en la sociedad española. En los años noventas, ocho de cada diez españoles opinaban que no se podía confiar en casi nadie. Esa desconfianza entre individuos ha aumentado considerablemente, ya que en el año 1980 sólo un 50% opinaba igual. Al mismo tiempo, se ha erosionado la confianza de los ciudadanos en las instituciones sociales y políticas (con la única excepción de la Corona, cuyo prestigio ha crecido claramente entre la población), y en el intento de descubrir las causas de este escepticismo, se alude repetidamente a los numerosos escándalos y

31 José-Carlos Mainer y Santos Juliá. *Op. cit.*, pp. 57 y ss.

32 *Ibid.*, p. 71.

a los casos de corrupción y prevaricación que conmocionaron la vida pública española en los años ochentas y noventas.

Respecto a la desconfianza entre los individuos, la literatura apunta al aumento de la “diversidad”, experimentado por España en las dos últimas décadas,³³ que ha transformado su sociedad en una visiblemente más diferenciada y plural. En el contexto actual, y ante la pluralidad de valores, actitudes y estilos de vida, no se puede hablar de “español medio”, éste (ya) no existe. La consecuencia de esta “erupción de la diversidad” es la disolución de puntos de referencia compartidos por un grupo verdaderamente amplio, capaces, por ello, de crear un sentimiento de unidad, de identidad común; en cambio, el sentimiento dominante se acerca mucho más a la fragmentación, la diferencia y la alienación. Más de un 50% de la población opina que en España no se alcanza ningún acuerdo a la hora de establecer lo que es bueno o malo; un porcentaje, por cierto, que ha aumentado en más de un 10% desde los años setentas y que muestra la profunda división de la sociedad española cuando se tratan de fijar criterios valorativos básicos. Lo que es más, en general se ha difundido el sentimiento de un alto grado de fragmentación y de pluralidad ética en las cuestiones relativas a los valores; no existen estándares morales que sean aceptados de un modo general. El escaso prestigio de aquellas instituciones que podrían jugar el papel de guardianas o de preceptos ético-morales, fortalece este sentimiento de ruptura de las grandes concepciones de los valores.

Hay que señalar, en resumen, que a mediados de los años setentas se dio una constelación única: al tiempo que se abría camino el final del Franquismo y de los discursos ideológicos, las transformaciones globales dejaban entrever una reorientación política y económica. Junto a ello, la perplejidad y desorientación producidas por el hundimiento de los discursos históricos hasta entonces cultivados (José Luis Aranguren habla del “des-contar” de la historia), desembocaron en un síndrome de individualización que se oponía a toda idea colectivista. Tras 1975 desapareció un importante factor de integración: una visión común del mundo. Franco había actuado, tanto directa como indirectamente, de un modo integrador. Lo había hecho directamente en cuanto encarnaba unas determinadas visión de la historia y concepción social y política; e indirectamente en cuanto era la imagen del enemigo y de lo odiado, por lo cual concentraba y reunía en torno de él todos los odios. Todo esto se hundió con su muerte.

En el presente, la memoria sigue ganando batallas en la lucha contra el olvido, si bien el recuerdo político y moral de la represión franquista recién está empezando.

33 Juan José Toharia. “1976-1996: Otra España, otros españoles. Cambios en actitudes, opiniones y comportamientos”. *Historia 16* No. 241. 1996, p. 119.

Durante años, el Partido Popular, en el Gobierno español desde 1996, se ha negado tenazmente a condenar el golpe militar contra la Segunda República y la consecuente dictadura franquista. Así mismo fueron rechazadas dos mociones parlamentarias que pretendían la restitución moral y la indemnización de los condenados a trabajos forzados por el franquismo.³⁴ Todo ello ha permitido, sin embargo, que recientemente se multipliquen los signos de que la opinión pública ha recuperado el recuerdo de las víctimas de la Guerra Civil y de la dictadura, sepulcralmente silenciado desde la transición a la democracia.³⁵ Así, en el otoño de 2002 se inauguró una exposición dedicada al destino de los exiliados republicanos que, a causa de la gran afluencia de público, tuvo que ser prolongada. Seguida con mucha atención por la prensa diaria, la cuestión de los campos de concentración franquistas se ha convertido en tema de congresos y publicaciones científicas. Nuevos archivos permiten el descubrimiento del espantoso sistema de represión estatal, con unas 150.000 víctimas mortales hasta mediados de los años cuarenta y cientos de miles de republicanos explotados en más de cien campos de trabajo.³⁶ Finalmente, con la exhumación, en el otoño de 2000 en Castilla-León, de los cadáveres de trece republicanos ejecutados

-
- 34 En febrero de 2002 el Partido Popular (PP) votó en contra de una propuesta de ley presentada por el resto de las fracciones parlamentarias que pretendía la restitución moral y la indemnización económica de las víctimas del franquismo. Aunque anteriormente el PP había votado a favor de la proposición –no de la ley, presentada en octubre de 2002 por la que Izquierda Unida exigía honrar la memoria de los esclavos del franquismo–, volvió a rechazar una indemnización económica. Véase: *Europa Press*. Febrero 19 de 2002; *El País*. Octubre 25 de 2002.
- 35 Véanse: Teresa M. Vilarós, *Op.cit.*; Joan Ramon Resina (editor). *Disremembering the Dictatorship. The politics of Memory in the Spanish Transition to Democracy*. Ámsterdam, 2000; Alberto Medina Domínguez. *Exorcismos de la historia. Políticas y poéticas de la melancolía en la España de la transición*. Madrid, 2001; Eduardo Subirats. *Después de la lluvia: Sobre la ambigua modernidad española*. Madrid, 1993.
- 36 Estas son las conclusiones a las que llegó un congreso celebrado en octubre de 2002 en el Museo de Historia de Cataluña, en Barcelona. Véase: *El País*. Madrid, octubre 21 de 2002. Entretanto, se ha publicado un gran número de ensayos y reportajes sobre la España del franquismo, centrados en las víctimas; entre ellos: Carlos Elordi. *Los años difíciles*. Madrid, 2002; Emilio Silva y Santiago Macías. *Las fosas de Franco*. Madrid, 2003; Javier Rodrigo. *Los campos de concentración franquistas*. Madrid, 2003; Rafael Torres. *Los esclavos de Franco*. Madrid, 2000; Mirta Núñez. *Mujeres caídas*. Madrid, 2002; Miguel Ángel Almodóvar. *El hambre en España*. Madrid, 2002; Rodolfo y Daniel Serrano. *Toda España era una cárcel*. Madrid, 2002; Julián Casanova (editor). *Morir, matar, sobrevivir. La violencia en la dictadura de Franco*. Barcelona, 2002; Isaías Lafuente. *Esclavos por la patria*. Madrid, 2002.

en los primeros días de la guerra, se abrió la búsqueda de los “desaparecidos” de la Guerra Civil.³⁷

Está fuera de toda duda que la posición del Partido Popular podrá ser difícilmente mantenida, en la medida en que la propia sociedad española incorpora el recuerdo reprimido de las víctimas y los vencidos de la Guerra Civil. Al mismo tiempo, los distintos esfuerzos para la recuperación de un pasado prohibido o conscientemente relegado muestran un paso decisivo hacia una “normalización” de la conciencia histórica, es decir, hacia el acercamiento y equilibrio entre disparidades todavía existentes en la memoria colectiva. Con un retraso de más de 60 años se comienza a vislumbrar una “superación” pública del más terrible trauma de la reciente historia española, una superación que, sin embargo, podría llegar demasiado tarde para las generaciones afectadas.

La enmienda aprobada en la Comisión Constitucional del Congreso de los Diputados el 20 de noviembre de 2002, en la que se condenaba el golpe de Estado del 18 de julio de 1936 (sin citarlo explícitamente) contra la legalidad republicana, perseguía la finalidad de “mantener el espíritu de concordia y de reconciliación” de la Constitución de 1978. Distintos parlamentarios insistieron en que con esta decisión se enterraban definitivamente las “dos Españas” (Antonio Machado) y se abría el camino a los deseos de “paz, piedad y perdón” (Manual Azaña).³⁸ Parece que, hasta

37 El gran eco público que tuvieron las exhumaciones en Castilla-León trajo como consecuencia la fundación de la ARMH (Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica). Desde entonces, ésta organización lucha por el esclarecimiento de asesinatos políticos y ejecuciones masivas cometidas por los insurrectos durante la Guerra Civil contra los defensores de la República. Sin embargo, en vista del elevado número de víctimas no identificadas, estimadas en unas treinta mil en todo el país, la Asociación carece de medios necesarios para las exhumaciones. Después de que la ARMH se dirigiera con esta cuestión a la ONU, en verano de 2002, el Partido Socialista hizo también suya esta reivindicación y presentó a comienzos de noviembre de 2003 una pertinente moción de ley. Cuando la mayoría parlamentaria del Partido Popular rechazó la propuesta de los socialistas, fue aprobada por el Parlamento el 20 de noviembre (el aniversario de la muerte de Franco) una ley que prevé la rehabilitación de las víctimas del franquismo y dispone medios financieros para las exhumaciones planeadas. Para esta ley fue decisiva una recomendación de la Comisión de Derechos Humanos de la ONU. Véanse al respecto: *El País*. Agosto 6 y noviembre 7 de 2002; *Süddeutsche Zeitung*. Noviembre 26 de 2002; <http://www.geocities.com/priaranza36/> (página de la ARMH).

38 Véase: Arcángel Bedmar González “Las sombras de la historia”. En: Arcángel Bedmar González. (coordinador). *Memoria y olvido sobre la Guerra Civil y la represión franquista*. Lucena, 2003, p. 13.

el momento, el gobierno no ha asumido compromisos presupuestarios de alguna envergadura. Por eso, publicaciones recientes han llegado a unas conclusiones muy críticas: "En teoría, la iniciativa de los parlamentarios se reduce a recoger de manera más que limitada, parca y tardía las aspiraciones de una buena parte de la sociedad española hastiada de olvidos, de reconciliación sin memoria y de amnistías que supusieron borrón y cuenta nueva, sin atender a razones de justicia ni de reparaciones morales".³⁹

El nuevo interés suscitado en España por la represión franquista y el debate público sobre estos temas son síntomas de un cambio histórico y epocal. Poco a poco está desapareciendo la imagen de la dictadura que ofreció la maquinaria propagandística del franquismo y que se conservó durante mucho tiempo también en la democracia. Los historiadores tienen la obligación ética de aportar luz que ayude a desentrañar los episodios trágicos de la Guerra Civil y de la dictadura franquista; pero la rememoración de estos episodios trágicos no pretende resaltar las divisiones ni azuzar revanchas, sino reafirmar valores supremos como unión, solidaridad, paz y libertad que eviten nuevos conflictos. Los múltiples y serios trabajos de investigación de los últimos años contribuyen a eliminar los fantasmas del pasado y a defender el derecho a la memoria y a la recuperación de la Historia que posee cualquier sociedad.⁴⁰ El trabajo de historia y memoria críticas sobre un pasado dictatorial resulta esencial cuando se trata de construir la democracia, cuando el establecimiento de un sistema democrático arraigado es la tarea colectiva de toda una sociedad.⁴¹

39 *Ibíd.*, p. 14.

40 *Ibíd.*, p. 19. Como crítica de la transición "incompleta", véase: Eduardo Subirats (editor). *Intransiciones. Crítica de la cultura española*. Madrid, 2002.

41 Véase: Paloma Aguilar Fernández. "Justicia, política y memoria: los legados del franquismo en la transición española". En: Alexandra Barahona de Brito, Paloma Aguilar Fernández y Carmen González Enríquez (editoras). *Las políticas hacia el pasado. Juicios, depuraciones, perdón y olvido en las nuevas democracias*. Madrid, 2002, pp. 135-194.